

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

VIRGINIA COX

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Aggrupación Amigos del Libro
Inscripción Nº 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

Nº 3907

Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1980

¿Quién soy?

Un periodista me pidió que escribiera sobre la influencia ejercida por mi madre a lo largo de mi vida.

Esa noche no concilié el sueño. Se reabrió una herida que creía cicatrizada. Algo intensamente doloroso palpitaba en un área que daba por clausurada. ¿Cuánto queda de ella en mi memoria?

Eramos diez hermanos. Soy la octava. La vieja Challo me reprochó sin piedad.

—Casi mata a la Patrona cuando nació, feúcha y niñita todavía . . .

Recuerdo a mi madre reclinada entre sábanas de hilo, pálida y luminosa, su sonrisa melancólica, sus ojos soñadores.

La amaba apasionadamente y me atrevía apenas a besar a hurtadillas sus manos finas. Olía a

jazmín como las enredaderas de Leyda. Dulce y entristecida, nunca alzó la suavidad de su voz y nada alteró el refinamiento que fluía de su persona. La contemplaba transida de ternura con esa pena inclemente que sienten los niños, mezclada tal vez con un oscuro sentido de culpa.

Mi madre no murió, desapareció simplemente. Nada supimos de enfermedad, oraciones, ceremonias fúnebres.

Su perfume flotaba en cada rincón de la Villa. Objetos personales aquí y allá produciendo un desgarró doloroso. El costurero, la tapicería, peines de concha perla sobre el tocador. Libros, partituras, el piano entreabierto, sus vestidos y pieles, todo allí. Petrificado. De mi madre aún tengo sed.

* * *

Mi mama Labra fue el pilar de mi primera infancia. De generosa estampa, sus amplios pechos tibios hicieron de refugio e inagotable manantial. Me crió hasta los tres años y a ella agradezco mi fortaleza física. Vive aún dominando a la tribu

con su mirada de pícara docilidad, su frondoso moño castaño muy en alto.

Dentro de la escala de valores que dominó mi existencia: cinco hermanos fuertes y desdeñosos, criadas tiranas, y allá muy distante, mis padres, brotó apremiante la necesidad de atraer la atención. Decidí estallar a la menor provocación.

—Ya le va a dar la pataleta— constataba Labra cuando aullidos sin lágrimas presagiaban la catástrofe. Babeando, retorciéndome, arañando conseguí la notoriedad necesaria para sobrevivir.

—Es brava mi linda— decía orgullosa Labra alisando sus cabellos y ordenando su ropa después de la batalla.

El médico recetó baños de azufre. El aroma diabólico contribuyó a mi prestigio.

—Habían de santiguarla en agua bendita mejor— mascullaba Challos.

Acudían beatas, Ministros, Obispos, se hacía imprescindible impedir la pataleta. Si salíamos muy compuestas no se podía arriesgar ese espectáculo.

Desde que tengo conciencia idolatré a mi hermana Victoria. Rubia como el lino aprendió sola a leer en un gran libro de cantos dorados. No

temía a la oscuridad, ni a las lauchas, ni a mi padre. Nos vestían iguales, dormíamos en el mismo cuarto, rezábamos juntas. Cada noche tenía lugar un ritual inventado por ella: una letanía de tierros sonidos, de conjuros y jaculatorias entremezcladas con versos y caricias.

—Por si amanecemos muertas . . .— así le enseñaba su mama Jesús, una morena salvaje, que con relatos poblados de ánimas, cucos y brujas, le abrió el mundo de las supersticiones y también el de la fantasía.

* * *

No sabría precisar cuántos años mi padre viudo con diez hijos permaneció en Europa. Emprendía peregrinaciones a Francia, Italia, Inglaterra, empeñado en ilustrar a sus hijos mayores, mientras los menores quedábamos en la Villa sobre el lago Lemán de Ginebra, bajo la vigilancia de la institutriz de turno.

Inés, contrabandeaba, disimulada bajo su capelina y sus encajes, quiijadas, muelas, tibias, robadas en las catacumbas, sagradas reliquias hábilmente sustraídas en las Basílicas, fragmentos de

murallas, misteriosas inscripciones en mármol, usurpadas en museos a espaldas de mi padre y de los guardianes. Hasta un dilapidado cráneo, que sirvió de base para las descabelladas clases de arqueología e historia dictadas por ella.

Seguíamos los programas de estudios franceses, y mis hermanos dieron sus bachilleratos en París.

Chile se nos iba borrando y también el idioma español. Mi padre se reconcentraba en sí mismo anonadado en su soledad. Estrechamos filas. Sudamericanos . . . diez . . . sospechosamente rubios . . . díscolos. Las institutrices se renovaban continuamente.

* * *

De regreso a la patria nos acogió mi abuela, doña Loreto Méndez Urrejola, madre de mi padre.

Con absoluta conciencia Mamita se había jubilado a su manera.

Española de recia cepa, sólo se enternecía recordando al tata Guillermo, cuya magnífica estampa presidía la Sala desde un cuadro de tamaño natural. Un gigantón de tupida barba hasta la cin-

tura, indómito mirar y fuerte contextura. Hijo de don Nataniel Cox, fue uno de los primeros exploradores que trazó mapas de la Patagonia, donde en repetidas ocasiones su vida estuvo en peligro. Sus "Memorias" entusiasmaron a Pablo Neruda que comparó su estilo al de Pérez Rosales e incluso propuso a Alone, en una carta publicada en El Mercurio, editar ese libro en una edición de lujo. Proyecto que segó la muerte.

"La marcada preferencia que sin remilgo me demostró mi abuela, se debió al timbre de mi voz. Dentro de su sordera me oía sin dificultad. Físicamente también le agradé. Más sólida que mis hermanas no me enfermaba y comía cualquier cosa con voraz apetito.

—Tú, me decía palpando mis trenzas, heredaste la fuerza de tu abuelo. Eres hecha y derecha de nuestra sangre.

Me halagaba la afirmación, pero aspiraba parecerme a mi madre en su delicada belleza.

Lentamente me fui acercando. Descubriendo tras la áspera corteza a la mujer que se escondía bajo el severo aspecto de mi abuela. Vivía de memorias. Profundamente religiosa, se había sometido a mil desgarramientos. Poseía una asombrosa

fuerza interior. Vivía por todos sus poros alegre y voluntariosa.

—Cómo conoció al tata Guillermo, Mamita?

—Veníamos navegando desde Concepción a Valparaíso. En aquella época resultaba más fácil y corto el viaje por mar. Tenía quince años y jamás me separaba de mi madre. El día que me encontré sola en cubierta, contemplando la puesta de sol, se me acercó un gigante rubio, de aspecto salvaje, que sin ceremonia alguna me rodeó con sus brazos y me dijo. —Contigo me voy a casar.

Aterrorizada corrí a refugiarme junto a mi madre y no me aparté de su pretina durante el resto de la travesía.

Un año después nos casamos. Sus ojos cansados brillaban de amor”.

* * *

Mi abuela no transigió nunca con el lado dulce de la vida. La existencia familiar se ceñía a una severa cadencia impuesta por la Patrona. Las criadas fellinescas, obesas, curcunchas, asustadas, le obedecían ciegamente.

“Desde el momento en que Mamita decidió

replegarse en sí misma, trasladó a su casa las ceremonias religiosas a las cuales acostumbraba participar. A las siete, erguida en su cama, la cabeza cubierta con una mantilla de encajes, los anteojos puestos, misal en mano, dirigía la celebración de la misa. El sacerdote se sometía a diversas órdenes que ella daba en voz alta y acentuaba tocando la campanilla.

La atracción de la misa consistía en el sacristán, un muchacho de pelo revuelto con el cual nos estaba prohibido cambiar palabra. Tomaba su desayuno en el repostero, contiguo al comedor. Lo mirábamos fijamente, burlonas. La taza quedaba intacta”.

Años después me confesó Hernández Parker el tormento que había padecido en cada una de esas misas y también el amor que despertaron en él las rubias practicantas.

Muy pronto aprendimos a burlar la malévolas vigilancia de las criadas, la severidad de mi padre y el rigor de Mamita.

“El cuarto patio pertenecía a la servidumbre. Los patrones jamás transgredían más allá del segundo. Durante la siesta, la casa dormitaba. Bajo el sol de plomo se blanqueaban las prendas de la

servidumbre. Delantales, sábanas, calzones, tiesos de jabón y parches.

Al fondo se alzaba una construcción de madera semi en ruinas. Mil veces nos habían prohibido el acceso a esa parte de la casa. Nos fascinó. Las tres piezas en el mismo abandono. Entre telas de araña, bajo capas de polvo, yacían innumerables libros, cartas, impresos en diferentes idiomas.

Nos asaltaba el temor. Un temor mezclado de respeto que nos hacía bajar la voz como cuando visitábamos el cementerio. Comprendíamos que nuestra presencia profanaba algo. Penetrábamos en un territorio semi sagrado poblado de fantasmas. Mis hermanos se revestían de gravedad al sumergir las manos entre los papeles amarillentos.

De los cajones cubiertos de polvo brotaron hombres y mujeres de carne y hueso. Quisimos saber más y más sobre ellos. Hurgábamos, mirábamos, lo leíamos todo”.

Violamos los secretos de familia y en el silencio de la noche parodiamos inconscientes los más trágicos episodios.

Mi padre no toleró la menor vulgaridad. Exigía modales cuidados, lenguaje correcto, ortogra-

fía perfecta. Las conversaciones en la mesa eran instructivas y en lo posible de alto nivel.

De vez en cuando aparecía doña Elvira Balmaceda Zañartu, hermana de mi madre, solterona de gran categoría que nos trasladaba a su casa para rescatar a sus sobrinas de la “chilenidad”, que consideraba común. Nos enseñaba a cuidarnos el cabello. A aplicar leche de almendras en el rostro, a mantener la espalda muy derecha y el busto erguido, a cuidarnos las manos, a fruncir los labios y a hablar exclusivamente en francés.

—Para las mujeres, antes que nada, es necesario ser hermosas.

* * *

Poco a poco la enfermedad convirtió a mi padre en un inválido. Durante varios años su estado fue grave y nos acostumbramos a no verlo. Temporadas en la clínica y en la casa recluso en su pieza entre el lecho y la silla de ruedas. No necesitaba nuestra torpe ternura ni nuestras lágrimas.

Mi abuela decidió aislarlo. Compró la inmensa casa de la esquina, y allí vivimos muchos años

en poder de alguna institutriz y un puñado de criadas, carentes de calor.

Se decidió internar en el Colegio del Sagrado Corazón a las niñas. Años duró ese encierro.

Los muros del Convento, las ventanas protegidas con rejas, el portón con su pesado cerrojo, las barras de fierro, daban al edificio un aspecto de fortaleza enemiga.

Las religiosas caminaban en silencio en una misma cadencia aterciopelada. Las manos juntas, los ojos bajos. Impersonales.

La Comunidad tiene mucha semejanza con un regimiento. Tal vez sea posible encontrar individualmente algún vestigio de humanismo, pero sin duda estas organizaciones están concebidas para destruir toda personalidad.

“Cada monja, un amenazante desdoblamiento de ese conjunto. Iguales, prodigiosamente iguales, brotaban de los rincones y sus ojos fríos no se apartaban de nosotras. Entre sus manos siempre en función los instrumentos de tortura: la señal y la libreta en que anotaban las faltas. El instinto vital de cada alumna se concentra en preservar su individualidad en esta santa institución cuyo principal objetivo consiste en reducir a las alumnas

a un modelo único planeado por la Fundadora hace más de un siglo. Mirando hacia atrás los años transcurridos en el convento me parecen un día y cada día una eternidad. El noviciado de la hipocresía se acorta o se alarga según los temperamentos”.

Las necesidades corporales se ignoran, alumnas y maestras fingen no tenerlas”.

Bajo cuerda, tal como sucedía en casa de mi abuela, florecía la rebeldía, el orgullo de clase, inculcado por las religiosas que humillaban a las alumnas de provincia, exhibían la tela de nuestros uniformes y nuestra ropa interior “digna de una prometida de Cristo”.

Invariablemente elegían a niñas de apellidos cuyos padres tenían figuración, de impecable acento francés y cierta gracia en los modales para recitar poesías, ofrecer ramos entre profundas reverencias al Nuncio y Obispos en las grandes ceremonias y lo más importante, para actuar en los roles principales de las extraordinarias obras de teatro que tenían lugar en el Salón de Actos. Siempre me correspondió protagonizar a Nerón, Atila y al mismo Demonio, mientras Victoria simbolizaba a Tarcisius, al Arcángel Gabriel, e Inés,

majestuosamente, al Papa o a algún Emperador. El pensionado no podía disfrutar de la representación. Bajo terribles amenazas se les obligaba a mirar fijamente al Nuncio mientras el proscenio quedaba a sus espaldas. Detrás de la Madre Vicaria, como un pájaro de presa, la Maestra General, libreta en mano, anotando cualquier movimiento de cabeza en estas hileras de niñas paralizadas.

Cada noche a la hora de la oración la Maestra General leía los números de las que habían sido sorprendidas en cualquier indisciplina. Olvidé mi nombre, sólo me sonaba el 76, mi distintivo de reclusa.

En el Convento la enseñanza era excelente, salvo la Historia de Chile de poca importancia para monjas extranjeras, y la Anatomía. La circulación de la sangre se detenía en los hombros y se reanudaba en las rodi'las. Literatura, dicción, redacción y ortografía tenían inmensa importancia.

Dos veces, a los trece y dieciséis años, obtuve el premio de literatura en un concurso que se efectuaba entre los Colegios del Sagrado Corazón diseminados en el mundo. Un Premio con el Sello Papal, que traté de exhibir orgu'losa, pero que sólo vieron las estatuas de mármol de la casa

sin a'lma tapizada en brocados. Mis únicos Premios Literarios.

Esta distinción me granjeó privilegios necesarios para una alumna perpetuamente en estado de emergencia. No podía esperar protección de mi padre o de mi abuela, porque ellos eran partidarios de la férrea disciplina ejercida en el colegio.

El castigo más inhumano discurrido por la Fundadora era: la separación del pensionado.

“Al final de la misa, hermana Angeles me ordenó seguirla. Caminamos en silencio hasta la enfermería. Sin entreabrir los labios señaló mi alcoba destinada a las enfermas contagiosas. Cuadernos, libros, bo'són, la caja negra con el jabón y la escobilla de dientes, todos mis objetos personales habían sido trasladados. Rozándome apenas el codo me llevó a través de los corredores. Pasamos frente a la sala de estudios, cruzamos el patio de Santa Filomena, el de Santa Rosa, subimos la escalerita de madera hacia la galería de las celdas, destinadas al estudio de música, aisladas sobre el patio de San José. Frente a la penúltima, número once, se detuvo. Muda, abrió la puerta y me hizo entrar.

Oí el ruido de la llave en la chapa que cerró

por fuera y los pasos apenas perceptibles de la Hermana que se alejaba. Comenzaba el castigo. El piano negro, su piso, un crucifijo, la ampolleta colgando de un cordón, constituían el amoblado. Poca luz se colaba a través de la estrecha ventana, embetunada de pintura blanca. Los gruesos postigos de la puerta, herméticos, atajaban cualquier comunicación con el exterior. Tres veces diarias aparecía Hermana Angeles, me escoltaba hacia la enfermería evitando cualquier encuentro. Terminada la comida, a las casitas de cuarentena y regresaba a la celda, vigilada por la hermana enfermera. Asistía a la misa cubierta con el velo negro de las penitentes arrodillada frente al altar de Mater Admirabilis. Entraba antes y salía después del pensionado”.

Los días perdieron su estructura.

Remordimientos, inquietud, angustia, me fueron amortajando en la celda y la Separación del Pensionado se transformó en una tortura. Tuve miedo. Un temblor, un incendio, moriría allí como un ratón cualquiera.

La inmovilidad se me hizo intolerable. En la enfermería encontré un cáñamo, atravesándolo de lado a lado cada vez más alto, me salvó de la iner-

cia. Salté, salté para allá y para acá, hasta el agotamiento. Dormía tendida en el suelo sobresaltada de pesadillas. Se me aparecía el diablo, encarnado en maestra de estudios la "Carmelota", en forma de murciélago, arrebatando libretas, ojos, ojos, ojos, voces, voces, me interrogaban.

Despertaba transida y magullada. Perdí la noción del tiempo. Hermana Angeles verdugo concienzudo, hizo desaparecer de la enfermería el calendario y el reloj.

Cuando salí de mi reclusión, saltaba todo: escritorios, bancos, ventanas y hasta Hermanita Henríquez que medía un metro veinte.

* * *

Lo que abrió un mundo hechizado, virgen para nosotros, fueron los fundos. ¿Cómo podría un niño europeo soñar siquiera con una hacienda chilena?

Mi abuela resolvió resucitar.

"Para ella este viaje debe de haber sido un cataclismo. Luego de tantos años reincorporarse a la vida activa, abandonada voluntariamente. Dejar su casa y volver a Cucha. A esa tierra impreg-

nada con la vitalidad de mi abuelo y ligada a la existencia de sus hijos.

Lo consultó con Dios directamente. Ninguna consideración la hizo vacilar”.

Cucha se nos abrió generosa con su río: el Ñuble, las viñas, el huerto, los sandiales, las carretas. Ese vaho caliente de la tierra fecunda adormecida por el sol, las súbitas lluvias, las noches de viento pobladas de fantasmas. Esa riqueza, esa sensualidad, la belleza pródiga de los montes y quebradas, el canto de los pájaros y en la oscuridad febril el graznido de los búhos y lechuzas. Conocimos la sensación de ser Patronos, nos sentimos dueños de la tierra, de los frutos, de los animales, de los frailes misioneros y también, en cierto modo, de los inquilinos que nos servían, y de los niños con quienes jugábamos. Mi padre siempre justo y absorto, mi abuela, caritativa y piadosa. Mis hermanos, mezcla de ambos.

Seguíamos la corriente sin análisis. Eramos amigos de verano, pero nunca nos fue dado compartir las vidas de nuestros servidores, ni traspasar el umbral de sus ranchos ni ellos el dintel de las casas patronales.

“En la tertulia después de comida, cada cual

trataba de desplegar su ingenio. La gran diversión: los disfraces. Arrojábamos lejos los odiosos delantales, las burdas sandalias, nos pintábamos los ojos, los labios, las mejillas, las trenzas se transformaban en moños y rizos, envueltas en vestidos de no sé qué época, caminando a trastabillones sobre tacos altos, competíamos en torneos literarios, en representaciones, trozos de piano, poesías. Sufría contemplando a Maño, que valseaba garboso enlazando el talle de mis primas y hermanas. Mi amor iba creciendo y también mis celos.”

A veces, partía durante varios días a fundos vecinos a ver “chiquillas grandes”. En Cucha no quedaba más que su perro, al cual, bañada en lágrimas, hacía confidencias.

—Si fuera mayor, estoy segura que me querría, pero cuando yo sea grande él ya va estar viejo.

* * *

Mi hermano Eduardo, emprendió mi formación intelectual.

—No eres tan tonta . . .

Cuando terminaba Mademoiselle Céline, la

lectura en voz alta de Heidi o Las Niñitas Modelos aparecían bajo el colchón: Ana Karenine, Las Flores del Mal, las Oraciones Fúnebres de Bossuet que leía a la luz de una vela ya que exigía la recitación de memoria y sin faltas de trozos elegidos.

Mi abuela nunca regresó a Cucha. Pasaríamos las vacaciones en Leyda, cerca de Santiago. No se interesó en conocer esa hacienda. Despreciaba los fundos de rulo, desiertos sin fruta ni vida . . .

“En Leyda no existió disciplina. Dominaba el azar, la imaginación, el impulso del momento. Mis hermanos dibujaban a balazos iniciales en el techo de sus dormitorios, que olían a pólvora y a cuero. Nos criamos como decía Domingo Carreño, entre esas lomas silenciosas, el rumor del mar, el aroma de los eucaliptos.

Conocimos cada mata, cada piedra, cada potrero. Las quebradas, los cerros, los rastrojos, también los inquilinos. Leyda, su tierra áspera, los faldeos dorados de trigo y el balar de las ovejas, fueron nuestro verdadero mundo.

Domingo, el eje de los veranos, el punto de contacto con la tierra y la naturaleza. Presentía el tiempo, la hora, hacía brotar el fuego de la nada

contra el viento, dominaba la ciencia de las hierbas salvajes, nos inculcó su culto al árbol, al trigo, al animal, el respeto al agua, origen de todo lo bueno. El respeto al fuego, que consideraba sagrado.

A Leyda no venían amigos. La familia inspiró cautela a las madres de nuestras amigas del colegio. El enjambre de hermanas intimidaba a los amigos de mis hermanos. Los mejores amigos estaban en el fundo. Rosa y Maruja nos acompañaban.

Rosa, a los quince años a punto de ser madre, se casó con su compañero de infancia y rebrotó cada año puntualmente echando al mundo una serie de quince hijos que marchitaron su juventud.

Maruja desapareció.

—Está en la cárcel—, explicaron.

Violada por su padre adoptivo, Cayetano, el llavero, la chiquilla parió sola a la orilla del estero y enterró a la criatura en el fango sin ningún remordimiento”.

Escalar la piedra de “El Peñón” fue el desafío, la atracción irresistible. Prohibición y peligro. Oscuro aún, a medio vestir, sigilosas, cruzábamos los interminables corredores hasta el patio de la cocina. Conocíamos los forados por los que se esca-

paban las criadas a sus citas amorosas. Salvada la última alambrada de púas aspirábamos exaltadas el aire cristalino cuajado de eucaliptos y corraleros aromas.

Corríamos por el callejón hasta el cerro de pinos. Subíamos, las sandalias llenas de agujas olorosas, hasta la gran cruz de madera que besábamos acezando. Pasada la última cerca iniciábamos la verdadera ascensión. Atajos recónditos en que la tierra reseca se confundía con los guijarros. Huellas de liebres y zorros, yerbas silvestres de duras fragancias, mordían las pantorrillas. La melosa delatora aferrada en las piernas y en los delantales. Al frente el cerro macizo, abajo las casas entre un manchón verde formado por el parque, el huerto, la arboleda, y emergiendo, los torreones barrocos del palomar. El horizonte ampliándose más y más, sólo el ulular del viento, allá lejos desde el fondo de la tierra, el rugido poderoso del mar. La luz del amanecer, dejaba ver "El Peñón" defendido por faldeos escarpados. Uno que otro carnero equilibrándose en el despeñadero. Teníamos que llegar antes que saliera el sol. El viejo espino, torcido de vendavales, marcaba nuestra meta. Victoria subía corriendo los brazos en cruz, ignorando el tajo mortal de la quebrada.

—Toma vuelo, yo te sujeto.

Mareada de vértigo, me lanzaba a ciegas por la cornisa resbalosa. Temblando, me recostaba a su lado y en silencio, intoxicadas de libertad, contemplábamos el glorioso misterio de la salida del sol. Abajo, lengua afuera, aguardaban los perros. El zumbar de insectos, el grito de los queltehues, los balidos, nos volvían a la realidad. Saludábamos a voces los potreros cercanos: Las Palmas, La Esperanza, El Fin del Mundo, el Cerro de las Rosas.

A las ocho, Frau Zimmermann nos despertaba sin sospechar que ya habíamos vivido toda una vida, los pies desnudos en el rocío.

Cayetano preguntaba:

—Patroncitos, ¿hasta qué hora los esperamos con la comida?

—Hasta que lleguemos.

Partíamos guiados por Domingo, los cazadores adelante, escopeta al hombro, las niñas al centro y a retaguardia los mozos, acarreando mochilas y provisiones. Se forjó con Domingo una amistad indestructible. A campo raso lo fuimos conociendo. Nos acostumbró a aguantar la sed, el hambre, las rasmilladuras.

El aire fustigaba cortante y los cascos de los

caballos sonoros como campanas, no levantaban un grano de polvo, de esa tierra endurecida.

Llegábamos tullidos, impregnados de monte.

Esperándonos: Segundo, Cayetano, Justina, y atrás Frau Zimmermann, reloj en mano. ¿Las once, las diez, las doce?, despreciábamos el reloj.

Mi padre aparecía de improviso, y Leyda cambiaba de fisonomía. La disciplina volvía de golpe junto con el patrón.

En las mañanas, en el corredor frente al escritorio, desfilaban mayordomos, capataces, chupalla en mano, dando cuenta de su trabajo. Mi padre establecía el orden o lo destruía con su presencia o ausencia. Organizaba paseos a los que asistía el vecindario.

En tenida de gala, con los utensilios necesarios, Domingo se trasladaba en carreta, vigilando la carne roja del cordero, que palpitaba en los vaivenes del camino con el mismo ritmo que la de las criadas, sus ayudantas.

—Domingo—, ordenaba mi padre, —sirve primero a las visitas.

—Como no, Patrón.

Pero los trozos fragantes, dorados por las brasas, iban primero al Patrón, a los patroncitos y

patroncitas, por orden de edad y por último a los afuerinos.

Domingo brindaba y se ponía sentimental.

—Patroncito— se dirigía a Eduardo, —Cuando falte el Patrón viejo, ¿qué irá a pasar? Van a vender el fundo? Qué va a ser de nosotros, si nos cambian de dueño como los perros, sin consentimiento?

—Jamás, Domingo, te juro que jamás haremos eso.

—La vida es injusta Patrón, los dos estamos viejones, ¿qué preocupación tiene usted?, se puede morir tranquilo. Los patroncitos son hombres educados, nunca les va a faltar nada. Las niñas se casarán con ricos. Usted tiene su sepultura listita en el Cementerio. Toíto arreglado, mientras que uno, tanto pegarle. ¿y...?

Leyda se vendió en vida de Domingo.

* * *

De Leyda al Convento, del Convento a Leyda transcurrió mi infancia y el despuntar de la adolescencia.

A los diez y siete años se llevó a cabo mi matrimonio con la aprobación y evidente alivio de mi abuela y de mi padre. Milagrosamente inocente, me enamoré con furia de un hombre que apenas conocía. Un hombre. El único que logró acercarse fingiendo interés en mis hermanas mayores. A los nueve meses y una semana nació mi primer hijo. Me entregué con la fuerza de mi naturaleza, a la maternidad. Una plenitud tierna e integral, amamantando a mis hijos. Una etapa pletórica, dulce y apacible.

Muy pronto sacudí el dominio que escudada en mi inexperiencia, pretendió imponerme la Familia. Mis hijos pasaron sin transición, de la leche de burra recetada por su abuela, al nudismo, inusitado en esos días, desafiando la solemnidad imperante en Pirque, bajo el dominio absoluto de don Francisco Hunneus Gana, mi suegro.

La muerte en un accidente, de mi hija de dos años, Ana María, me maduró de golpe. Cuestioné la vida, la religión, mis valores. Se tambalearon los cimientos. Sentí miedo y odio. Cada brote de rebeldía, cultivado involuntariamente por las monjas, se agigantó en un huracán destructor.

El viaje a Estados Unidos fue un cambio integral. Abrí los ojos a un mundo insospechado. Desligada totalmente de la influencia familiar, lanzada a una sociedad materialista, se endureció mi personalidad. Me atrajo esa existencia, que no había probado. Formamos parte de grupos mundanos, golf, yachting, bridge, bailes, vestimentas suntuosas. Muy jóvenes, constituimos un grupo inusitado en los Estados Unidos. Con cuatro, luego cinco y seis hijos. Y lo más escaso en ese ambiente, dos empleadas, chilenas por supuesto, que me relevaban de todo trabajo doméstico.

Mis hijos mayores ya en colegios, en medio del bullicio, comenzó a despuntar un vacío, una soledad íntima. Resolví instruirme. Me transformé en estudianta de la Universidad de Columbia, en Nueva York. Perfeccionamiento del inglés, cursos de literatura, mesas redondas, redacción, esfuerzo y concentración. Una experiencia inolvidable, pródiga también en el sentido humano, con el encuentro de alumnos de todas edades, condiciones y nacionalidades.

Pearl Harbor cambió la fisonomía de Nueva

York. Comenzaron las movilizaciones, los oscurecimientos, las raciones. Siguiendo la corriente, me recibí de enfermera de emergencia. No quisiera recordar los primeros heridos llegados del frente: muchachos de dieciocho y diecinueve años, horriblemente mutilados.

Mi vecina Mrs. Smith perdió sus dos hijos en una semana. La vi llorar solamente cuando una mañana, arrodillada en la tierra, rodeó con sus brazos a mis tres hijos, niños aún y me pidió que rogásemos juntas, para que nunca tuvieran que ir a la guerra. Dios la escuchó.

Esporádicamente volábamos a Chile. Se produjo un gran acercamiento con mi padre, que al avanzar en edad, hizo un hueco para sus hijos. Nos brindó su compañía, sus consejos, su hospitalidad. El respeto y la admiración se transformaron en cariño y ternura.

Viajábamos constantemente. Mi primera vuelta al mundo me colmó de tal cúmulo de emociones que para no estallar garabatié a mano mis impresiones enviándolas a El Mercurio. En la Sección Literaria aparecieron muy bien ilustrados, los artículos.

Así comenzó mi carrera de periodista. Con-

tinuamente escribía también anécdotas, cuentos, ensayos, en forma desordenada, hasta que unas virulentas paperas, que me aislaron durante cuarenta días, me dieron tiempo para compaginar mi primer libro. “Desvelo Impaciente”, editado por Er-cil'a.

Cada crítica, buena o mala, cada mención, me acarreó serias dificultades. En casa no era bien visto que una señora o el nombre de una señora, figurara públicamente.

En esos días conocí a Alone. Lo había perseguido sin éxito. Su principal atractivo, además de su maestría como crítico literario, consistía en que dentro de mi familia personificaba una prohibición absoluta. En sus mocedades tuvo la osadía de enamorarse y escribir un libro, “La Sombra Inquieta”, cuya protagonista fue una hermana de mi padre, doña Mariana Cox.

Alone me estimuló. Su riquísima amistad perdurará siempre. A través de él conocí al escritor criollo Luis Durand, muy olvidado hoy, del cual conservo varias cartas, sus libros dedicados y un recuerdo macizo.

Con la bendición de mi padre, acendrado conservador, me inscribí en el Partido Liberal. Mis

modestas actuaciones desencadenaron tales tempestades familiares que tuve que abandonar la política temporalmente. Mis hijos crecían, demandando más y más atención. Los cargos de gran trascendencia que desempeñó mi marido, exigían un tren de vida rangoso y permanentes desplazamientos. Habría sido difícil concentrarme o plasmar mis inquietudes intelectuales. Leía con la misma avidez que cuando niña y seguí escribiendo en El Mercurio.

Como conferencista me inicié casualmente, en el Instituto Chileno Norteamericano. Tema: La vuelta al mundo.

Toda conferencia es intimidante, pero ninguna como la de hoy, cara a cara con un grupo analítico de escritores.

Estando radicados en Londres fui designada por primera vez, Delegada de Chile ante el P.E.N. Club Internacional. Mi compañero fue el escritor Tito Heiremans. Trabajamos juntos en diversos Congresos y nuestra amistad duró hasta el fin de su vida. En esos primeros Congresos, se inició esa serie increíble de viajes mágicos y esos encuentros con amigos fieles. Ronda que ha durado años. Tuve el honor de ser designada miembro del Comité

Ejecutivo del P.E.N. Club que sesionaba en Londres bajo la presidencia de Moravia.

* * *

Victoria y mi padre murieron con sólo dos meses de intervalo. El fallecimiento de mi padre, ya anciano, me postró en honda desolación. De golpe comprendí lo que él significaba. En qué forma milagrosa su presencia sostuvo para cada uno de sus hijos un mundo, que se derrumbó con su último suspiro. Sin él, sin su casa-refugio, privada de sus consejos y cariño me sentí desamparada en medio de mis hijos y mi colmada vida.

La familia Cox Balmaceda se disgregó. Ni siquiera el atractivo de Leyda logró reunirnos.

* * *

Sin duda la vuelta de campana que dio mi vida en un momento dado contribuyó a desarrollar mi potencial humano. Un cambio total, hasta de situación. Saltaron a pedazos mis esquemas, cambiaron los valores. Quedó intacto mi instinto maternal y una angustiosa necesidad de sobrevivir.

En mi ambiente, dentro de la tradición de mis dos familias, una mujer sola era una desgracia. Lo único factible habría sido enmudecer, llorar, inspirar lástima, con hijos y todo.

* * *

Fue ese tal vez el período más activo de mi vida. Me lancé sin trabas a la política. Elegida por votantes hombres solamente, para formar parte de la Junta Ejecutiva del Partido. Resulté un clavo.

Mis opiniones y actuaciones cuadraban mejor con el liberalismo de Balmaceda que con las de los grandes del Partido. Innumerables veces tuve que comparecer ante el Tribunal de Disciplina.

Como Presidenta Provincial de las diez comunas de Santiago, penetré en otros estratos y ese contacto desató mi conciencia social.

* * *

Exp'oré en un campo totalmente desconocido. Asociada con una amiga, pusimos una tienda de horrorosos regalos "Happening". Odié el comercio y a algunos clientes.

Con un libreto titulado "Cinerama Internacional", emprendí la escalada de la radio. Luego de rotundos rechazos, fui acogida por Jorge Agliati, de la Radio Cooperativa Vitalicia, quien se apresuró en hacerme firmar un contrato. Dos años más tarde mi programa fue incorporado al Diario Prolene, lo que me dio la oportunidad de trabajar junto con Hernández Parker y Eduardo San Martín. Mis relaciones con la Cooperativa terminaron tempestuosamente. Durante esos años de trabajo sostenido no logré las correspondientes imposiciones. Pedí, rogué, exigí, el hecho de ser Señora, iba en mi contra. Demandé a la Radio. Eduardo Long Alessandri, abogado de mineros y obreros desamparados se interesó por mi caso. La Cooperativa perdió el juicio y también la apelación. Con ese juicio abrí una brecha que hacía falta a muchos, porque la Cooperativa de entonces intimidaba con su reputación de imbatible. Puestas las imposiciones logré colegiarme de periodista.

Reanudé mis viajes, a pu'so ahora.

Lo que más agradezco al P.E.N., es el que me haya nombrado Delegada al Congreso de Nueva

York, al que asistió Pablo Neruda como invitado de honor.

La intervención tenaz de Arthur Miller produjo el milagro de quebrar el exilio. Partimos en el mismo avión y durante dos semanas fui partícipe del fervor tumultuoso producido por Neruda. Deslumbró a los escritores del mundo, a los periodistas, a la juventud. Sus traductores lo seguían encandilados, los estudiantes se abofeteaban por un autógrafo. Me acerqué maravillada a Neruda el poeta, a Neruda el filósofo, al monolítico Neruda, el hombre.

Con Alejandro Magnet fuimos invitados a Francia con un grupo de periodistas de los países sudamericanos que iban a ser visitados por el General De Gaulle. Tengo el honor de haber conocido personalmente a ese hombre formidable, de haberlo escuchado en dos de sus escasas y grandiosas Conferencias de Prensa.

El personaje que más se me grabó fue el discutido Ministro de Asuntos Culturales, Andrés Malraux.

De inmediato acapara la atención, con extraordinario brillo, mucha acción, un dejo de pedantería, representa el personaje que él ha ido creando

de sí mismo. Habla, conversa, gesticula, terriblemente nervioso, plagado de tics, entretiene prodigiosamente.

Este extraordinario Ministro artista escritor, no sólo ha resucitado París, sino que se ha dado a la noble tarea de revivir en los franceses la conciencia de sus tesoros artísticos y su tradición intelectual.

La convivencia con Madame Le Bayon, mi arrendadora me proporcionó la oportunidad de conocer a muchos escritores de la Academia francesa. Maurice Genevois, Secretario Permanente, me eligió como vendedora de sus libros en el acontecimiento social-literario que tiene lugar anualmente en París. Chilena... el público imaginó una india con plumas. La Prensa comentó el extraordinario éxito de venta obtenido por Genevois.

Esa tarde conocí a Albertine Sarazin, autora de L'Astragale. La joven reclusa escapada de la cárcel admitida por primera vez entre los literatos. La primera y la última, porque murió días más tarde.

La francesa es implacable con sus francos. Aprendí a hacer cazuelas a escondidas en un anafe

del cuarto de baño, autorizado sólo para preparar el desayuno. Adquirí tácticas guerreras con el monstruoso Conserje, que no aprobaba una sudamericana en el corazón de Saint Germain. Reconozco eso sí que Madame Le Bayon me impulsó a escribir y encerrada en un cuarto, en París, lejos de todos, logré desinhibirme y nacieron "Los Muñecos no Sangran", que originalmente constituyen una Novela tres veces más larga que la publicada.

Prólogo de Alone:

"¿Espera Ud. leer una novela como otras, cuerdamente organizada, con principio, medio y fin? en tal caso, sería mejor que no abriera Ud. este libro.

Sus costumbres mentales van a sufrir mucho. Virginia Cox se empeña en rompérselas y sinceramente las ignora o desdeña. Ella sólo necesita abrirle cráteres a una serie de volcanes para que no la hagan estallar por dentro. Procede a fognazos. Parece que un demonio le dictara. Un irresistible ímpetu le hace atropellar todos los obstáculos y logra no se sabe cómo, correr, danzar, y vencer arrastrándolo a Ud. en la danza y haciéndolo correr la carrera hasta el fin, no sin un misterioso de-leite que viene a advertir, cuando cerrado el libro

cesa la lectura y queda Ud. desamparado, viendo visiones”.

Cuando emprendo esas ordenanzas a fondo, que sólo las mujeres comprendemos, encuentro cartas que nunca mandé, por tontas, osadas, a despropósito, pero que tampoco rompí. Reflejan un ser humano diverso.

Al mirar hacia atrás las diversas etapas de mi vida, los personajes que figuran en variados episodios me parecen irreales, actores en un teatro en el cual también actué, pero excluidos como yo, de la realidad de mi propia vida.

¿Con qué equidad se podría medir las transmuciones que sufre un ser humano durante el transcurso de su existencia? Digo “sufre”, intencionalmente, porque considero posible que los mismos misteriosos hilos que nos zanrandean, sean los que nos llevan al desconocimiento del “yo” original.

Tengo en claro que he vivido mi vida al revés, teniendo hijos al despuntar de la adolescencia, despertando cuando recién estaba en edad de casarme, luchando en plena madurez con una pesada carga a la espalda. En mis apuntes de colegio

repito con insistencia la inquietud de recorrer el mundo, de amar y ser amada.

Me considero pródigamente colmada en ambos aspectos.

A veces me pregunto ¿por qué no he escrito más? Tal vez demasiado aplicada en existir, en lo que se llama salir adelante.

Reconozco mi notable constancia en ser inconstante en diluirme en muchas actividades a la vez, demasiado atenta a lo que sucede a mi alrededor, al rotar del mundo en general.

Cuando mis hermanas jugaban a las muñecas, que detesté, recorría la prensa o las revistas a mi alcance.

Mi complicidad con la naturaleza ha sido factor decisivo en mi equilibrio, equilibrio que a lo mejor no existe.

La ternura de un nido, el germinar del trigo, la entrega del cachorrito, el vaivén de las olas, la mirada fiel de mi perro, el croar de las ranas en el silencio de la luna.

La naturaleza, absorbe mis cinco sentidos: me apacigua y me estimula. Es un amor compartido. Contemplo, escucho, toco, huelo y paladeo no sólo los frutos, sino el rocío, la lluvia, la sal y el viento.

He vivido, simplemente. Las manos demasiado llenas para escudriñar los enigmas clandestinos de la condición humana.

¿Ser o no ser? . . . esa interrogante no me ha inquietado. Nunca he tenido dudas. "Soy".

Doña Teresa Salas de Huneus resolvió mis inquietudes religiosas.

—Dios, es comprensivo. No te obliga a hacer esto o lo otro. Sólo te pide que eleves tu corazón hacia El con tus propias palabras.—

Hurgando en el pasado me desconozco en las diversas etapas de mi vida.

Fue a mí a quien el sacerdote, exasperado por mi confesión, golpeó en ambas mejillas delante de todo el Pensionado?

Soy yo la niña atormentada hasta el delirio, que se creyó sacrílega el día de su Primera Comunión, por haber paladeado una gota de glicerina?

Qué queda de la fecunda adolescente?

De la mujer joven, maravillada ante la vida?

De la política, soñando en transformar la Sociedad?

Soy yo la peregrina, cubierta de velos, que recorrió el Ganges al amanecer?

Fue a mí a quien hirió con su lanza un frenético bailarín de la Costa de Marfil?

Durante mi trabajo en la BBC de Londres, trabajo absorbente que otorga codiciados privilegios, tuve la oportunidad de conocer en el Parlamento inglés a Churchill, apoyando a Eden durante la crisis del Canal de Suez. Al tempestuoso Bevan, el mejor orador de la oposición, a entrevistar a Bertran Russel, el pacifista, a Laurence Olivier y muchos personajes, a penetrar en el Palacio de Buckingham y acercarme reverenciosa es decir haciendo reverencias a la Reina Isabel, la Reina Madre, la Princesa Margarita y el impresionante Mountbatten.

En el Old Bailey me correspondió cubrir un juicio sensacional. La Corona, contra la Editorial de Penguin Book Limited, por la edición inexpurgada de la novela de Lawrence "El Amante de Lady Chatter'ey". Un caso único. Jueces y Abogados transformados en actores bajo sus rizadas pelucas. Críticos, literatos, moralistas, teólogos, testigos y protagonistas de un juicio en que en el Banco de los Acusados figuraba un libro tachado de obsceno. El juicio en sí resultó infinitamente más crudo que el libro. La decisión unánime del jurado, un paso trascendental para la Literatura.

He conocido el Oriente, el Medio Oriente, India, Europa, Estados Unidos, Sudamérica, África. Suerte?, sin duda, pero también algo de esfuerzo, tinca digamos. Las invitaciones no caen del cielo. Se van forjando a través de un trabajo magnificado a la medida que al regreso se de a conocer el resultado del viaje. El temor es un factor en contra. Hay que enfrentar vuelos inéditos, como el de Nueva York a Tokio, sobrevolando el Polo. El de Osaka a Taipei, sobre el Mar de China en medio de bruscas turbulancias, climas adversos, ambientes desconocidos, mil pequeños y grandes riesgos.

Soy una convencida que el ser humano forja su propio destino.

* * *

Los viajes me han proporcionado momentos inolvidables. En Taipei la amistad con Ling Yu Tang y su encantadora mujer, amistad que se acrisoló en el Congreso de Seúl, en Corea, en el Hotel Shoshum, Ling Yu Tang tituló su trabajo: "Humor en el Este y en el Occidente". Se destacó allí el "Humor en Ficción" de John Updike, el es-

critor norteamericano, autor del libro "Parejas", que ocupa hoy día un lugar predominante en la Literatura.

En Seúl, inesperadamente se enfermó gravemente Pierre Emmanuel, miembro de la Academia Francesa, autor de poemas decisivos repartidos clandestinamente durante la Resistencia. Necesitaba una transfusión. Su grupo sanguíneo coincidió con el mío y desde ese día sellamos una amistad que espero durará para toda la vida. Jean de Beer, Director del Programa France Culture, Roger Caillois, Director de la Unesco fueron constantes compañeros de trabajo.

En el Congreso de Taipei, lo más impresionante fue el encuentro con el General Chiang-Kai-Chek. Exigencia: Corbata para los hombres, traje de noche y guantes para las mujeres, a pesar del calor. El gran palacio del más puro estilo chino, rodeado de rejas y centinelas entre los árboles. Ceremonial solemne. Absoluto silencio. Alfombras rojas sobre el pasillo verde, escalinatas, lacas, marfiles.

Alto, erguido, calvo, Chian-Kai-Chek no tiene edad.

—¿Sudamericana?— me preguntó en inglés, —chilena?, valerosa en venir de tan lejos.

Cinco minutos para cada delegación. Cinco minutos para mí sola, ya que era la única sudamericana.

La medalla que aquí ven, me la dio el Presidente de Corea, Park Chun Hee, acompañado de la sonrisa de su hermosísima mujer, que parecía una flor con el traje típico coreano, y que fue asesinada a balazos también.

El Congreso que recuerdo con más simpatía fue sin duda el de la Costa de Marfil. Su Presidente Félix Houmphouet-Boignit, un anfitrión refinado. Los asistentes, de extraordinario interés. La nota curiosa, la llegada de los observadores rusos, codo a codo con los enviados de Cuba. El constante pintoresco junto a la profundidad de los temas. Abidjean, una ciudad de contrastes. El Hotel Ivoire, erguido sobre la Bahía de Cocody, tres cines, varias piscinas, restaurantes especializados, cabarets, habitaciones lujosas. Desde mi balcón divisaba negritos desnudos jugando en el fango. Familias en la miseria. Hoy día la Costa de Marfil ha logrado salir del sub-desarrollo. Industrializando sus productos con la colaboración de los grandes colonizadores que son los franceses.

En la reunión previa del Comité Ejecutivo, presidiendo Arthur Miller, Presidente Internacional del P.E.N. Club, que causó muchos problemas por su testarudez en no usar corbata. A su derecha, Bernard Dadier, marfileño, perteneciente a la primera generación de escritores que contribuyó al reconocimiento mundial del talento africano, entre los cuales figuran Senghor, Rabenmanjara, y un grupo de intelectuales que formó "La Presencia Africana".

El P.E.N. Club marfileño planificó un descanso en el villorrio Ayamé II. Ayamé danzó para nosotros y muy luego, con nosotros. En comparsas rítmicas por el camino de tierra roja hasta un refugio hecho de ramas de palmera. En escaños de tabla, los músicos; alrededor los bailarines. ¿Alimentarse o bailar?

Contemplando a esos niños, lustrosos y lindísimos pensaba: Me gustaría tener una guagua negra. En ese preciso instante pusieron entre mis brazos una estatua de greda, regalo de los artesanos de Ayamé, a todas luces de sexo masculino. Mi

guagua pesaba diez kilos, y sólo me dio trabajo en el avión.

Durante el vuelo Cruz del Sur, que me llevaba a París, en calidad de invitada oficial del Gobierno de Giscard D'Estaing, meditaba, ¿por qué yo? habiendo tantos chilenos infinitamente más meritorios. Llegué a una conclusión simple: es más cómodo para el invitante saber quién es el que llega, estar seguro que el invitado no necesita intérprete ni guía. Sin embargo, no soy una invitada cómoda porque no soy catalogable, me interesa todo no siendo técnica en nada. Es más sencillo un arquitecto, que sólo se interesa en edificios, que una periodista que quiere contactos con la Cámara, con la Corte de Justicia, con los teatros, con las Sesiones Literarias de la Academia Francesa, con La Sorbonne, etc . . .

En ese viaje lo más interesante fue mi contacto con Simone Veil, la actual Presidenta de la Comunidad Europea, la gran vencedora del momento actual y también triunfadora ante la Asamblea General con su proyecto de Ley de Aborto Legalizado.

Bonita, elegante, ojos violeta, tez muy tostada, excelente madre de familia, desbarató todos los

pronósticos y dio una demostración de femenina eficacia al defender su Ley.

Hay en ella algo muy límpido que la defendió siempre de cualquier equívoco, en ese debate en que participaban casi solamente hombres, sobre un tema espinudo y esencialmente femenino. Los Honorables no supieron guardar calma ni ética y Simone, siempre serena, supo mantener y ganar el debate en el contenido de la Ley.

El campanazo lo dio la periodista Françoise Giroud, directora de L'Express al ser nombrada Ministro de la Condición Femenina. El puesto no tenía precedentes y fue comentado por la prensa mundial. Giscard intentó rebajar el Ministerio, a una Secretaría, pero Françoise se negó.

—A estos caballeros les agradecería que yo sólo les preparara el café en el Eliseo, después de las Reuniones Ministeriales.

La misión de Françoise fue monumental. Insistió siempre en que lo más importante es cambiar la mentalidad general respecto a la mujer. A pesar de su prolongado esfuerzo en Francia hay muchas madres que urgen a sus hijas para que aprendan a bordar y a cocinar en vez de una profesión, porque eso será útil cuando se casen.

En la actualidad Françoise Giroud está de capa caída por haberse matriculado en una lista con Jean Jacques Sharbert, que fracasó en las elecciones para el Parlamento Europeo.

* * *

En el mes de Mayo de este año, asistí en París, como Representante de Chile al Congreso Internacional de Escritoras, que tuvo lugar en la Sociedad de Escritores de Francia. El tema principal: La Inter-aliación entre la Literatura y el Cine. Paralelamente, y organizado por esta misma Institución, se llevó a cabo un Concurso de Escenarios, al que mandaron trabajos varias escritoras chilenas, previo pago de una cuota establecida. El Congreso fue de inmenso interés. La conclusión admitida por cineastas y productores de cine: su gremio carecía de ideas y no se resignaban a pagar las ideas de otros. Los escritores a su vez concordaron en que a ellos les sobraban ideas, pero no estaban dispuestos a entregarlas gratis. Un círculo vicioso en el que Jeanne Moreaux hizo de mediadora.

Cuando descubrí que se producirían elecciones

dentro del Directorio me propuse ser elegida y lo conseguí.

Confieso que para hacerme notar recurrí a medios tan deleznable, que se podrían calificar de “triquiñuelas políticas”. Me apoyé también en el “oficio” que da haber batallado en innumerables Congresos.

El anhelo de ser Directora de la Asociación Internacional de Escritoras de Francia, no tiene nada de personal. Me pareció interesante tratar de abrir una brecha para las escritoras sudamericanas. Como Delegada para Chile y Sudamérica, adquirí el derecho de verificar el uso correcto de los trabajos enviados. Su traducción al francés, etc . . . de modo que compitan en igualdad de condiciones.

* * *

Para mí, el contacto con la Sociedad de Escritores es esencialmente constructivo.

Encontrar lo inesperado después de recorrer múltiples rutas, luego de tanto batir de alas en contra o a favor del viento.

Lo imprevisible es la dádiva que estoy recibiendo de la SECH.

No había imaginado un conjunto humano tan valeroso y tan diligente. Una Sociedad que se financia con el impulso espiritual de sus miembros.

Escritores, que en medio del sostenido combate por "el diario vivir" logran milagrosamente, publicar obras de reconocida calidad. Artesanos empedernidos, arriesgados defensores de causas humanitarias. Un gremio sólido, generoso, solidario hasta lo más.

Me enorgullece formar parte de la SECH. Me siento bien en Simpson 7. Me gustan los días Martes, me he encariñado hasta con la taberna y las empanadas fritas, las ocasionales subidas de tono.

Soy partidaria de esa agresividad latente que refleja una independencia interior, una total libertad de expresión y que se debe, no lo dudo, al rumbo que imprime nuestro Presidente, Luis Sánchez Latorre.

La SECH me ha brindado una amistad sin aprestos y mucha confianza al elegirme Directora. Valoro altamente el privilegio de compartir con hombres y mujeres que aprecio y de los cuales estoy agradecida.

Creo que con la llegada de la vejez se acaban los imprevistos y las famosas ganas de los chilenos. Imagino con mucho optimismo que estoy joven porque aún me sucede lo inesperado y permanecen intactas mis ganas. Entre las actuales está la de escribir "La Novela", la Novela maciza con que sueña todo escritor. Quisiera también publicar un volumen de doce cuentos ya listos y tal vez transformar en libro el bagaje multicolor de mis múltiples viajes.

Sería arriesgado de mi parte mencionar "Mi Obra Literaria". Me he esforzado en varios campos a la medida de mis posibilidades, pero sí me atrevo a mencionar "Mi Gran Obra": Mis seis hijos, el ancla de mi vida.

Nota: Los párrafos entre comillas corresponden a extractos del libro de la misma autora, "LOS MUÑECOS NO SANGRAN".

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa

Miguel Arteche

Gabriela Lezaeta

Manuel Francisco Mesa Seco

Cecilia Casanova

Fernando González-Urizar

Julio Flores

Antonio Cárdenas Tabies

Jaime Quezada

Emma Jauch

Carlos Ruiz-Tagle

Alicia Morel

María Silva Ossa

Isabel Velasco

Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox



EDITORIAL NASCIMENTO